

## Meditando con San Alfonso

### Muerte del justo

Mirada la muerte a la luz de este mundo, nos espanta e inspira temor; pero a la luz de la fe es deseable y consoladora. Horrible parece a los pecadores, mas a los justos se muestra preciosa y amable. «*Preciosa –dice San Bernardo– como fin de los trabajos, corona de la victoria, puerta de la vida.*»

#### 1º La muerte del justo es el término de sus trabajos.

Y en verdad, la muerte es el término de penas y trabajos. «*El hombre nacido de mujer vive corto tiempo y está colmado de miserias*» (Job 14 1). Así es nuestra vida, tan breve como llena de miserias, enfermedades, temores y pasiones. Dios llama bienaventurados a los que mueren en gracia, porque se les acaban los trabajos y comienzan a descansar. «*Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor: que desde hoy –dice el Espíritu Santo– descansen de sus trabajos*» (Apoc. 14 13).

*«Los mundanos, deseosos de larga vida –dice Séneca–, ¿qué cosa buscan sino más prolongado tormento?». «Seguir viviendo –exclama San Agustín– es seguir padeciendo». Porque, como dice San Ambrosio, «la vida presente no se nos ha dado para descansar, sino para trabajar, y con los trabajos merecer la vida eterna»; por lo cual afirma Tertuliano que, «cuando Dios abrevia la vida de alguno, acorta su tormento». De suerte que, aunque la muerte fue impuesta al hombre como castigo del pecado, son tantas y tales las miserias de esta vida, que, como dice San Ambrosio, «morir más parece un alivio que un castigo».*

Los tormentos que afligen a los pecadores en la hora de la muerte no afligen a los Santos. «*Las almas de los justos están en las manos de Dios, y no los tocará el tormento de la muerte*» (Sab. 3 1).

• *No temen los Santos aquel mandato de salir de esta vida que tanto amedrenta a los mundanos, ni se afligen por dejar los bienes terrenos, porque jamás tuvieron asido a ellos el corazón. «Dios de mi corazón –repetieron siempre–, Dios mío por toda la eternidad» (Sal. 72 26). Escribía el Apóstol a los hebreos, despojados de sus bienes por confesar a Cristo: «¡Dichosos vosotros! Con gozo soportasteis que os robasen vuestras haciendas, conociendo que tenéis patrimonio más excelente y duradero» (Heb. 10 34).*

• *No se afligen los Santos al **dejar las honras mundanas**, porque antes las aborrecieron y las tuvieron, como son, por humo y vanidad, y sólo estimaron la honra de amar a Dios y ser amados de Él. No se afligen al dejar a sus padres, porque sólo en Dios los amaron, y al morir los dejan encomendados a aquel Padre celestial que los ama más que a ellos; y esperando salvarse, creen que los podrán ayudar mejor desde el Cielo que en este mundo. En suma: todos los que han dicho siempre en la vida «Dios mío y mi todo», con mayor consuelo y ternura lo repetirán al morir.*

• *Quien muere amando a Dios no se inquieta por **los dolores** que consigo lleva la muerte; antes bien se complace en ellos, considerando que ya se le acaba la vida y el tiempo de padecer por Dios y de darle nuevas pruebas de amor; y así, con afecto y paz, le ofrece los últimos restos del plazo de su vida y se consuela uniendo el sacrificio de su muerte con el que Jesucristo ofreció por nosotros en la cruz a su Eterno Padre. De este modo muere dichosamente, diciendo: «En su seno dormiré y en paz descansaré» (Sal. 4 9).*

## **2º La muerte del justo es su completa victoria.**

«Limpiaré Dios toda lágrima de sus ojos, y ya no volverá a haber muerte» (Apoc. 21 4). En la hora de la muerte enjugará Dios de los ojos de sus siervos las lágrimas que hubieren derramado en esta vida, en medio de los trabajos, temores, peligros y combates contra el infierno.

Y como la vida temporal es una guerra continua contra el infierno, en la cual siempre estamos en riesgo grandísimo de perder a Dios y nuestra alma, lo que más consolará a un alma amante de su Dios, cuando sepa que llega la muerte, será el pensar que pronto ha de estar libre de tanto peligro de ofender a Dios como hay en el mundo, de tanta tribulación espiritual y de tantas tentaciones del enemigo.

*Dice San Ambrosio que «en este mundo caminamos constantemente entre asechanzas del enemigo, que tiende lazos a la vida de la gracia». Este peligro hacía temblar a San Pedro de Alcántara cuando ya estaba agonizando: «Apartaos, hermano mío –dirigiéndose a un religioso que, al auxiliarle, le tocaba con veneración–, apartaos, pues vivo todavía, y aún hay peligro de que me condene». Por eso mismo se alegraba Santa Teresa cada vez que oía sonar la hora del reloj, alegrándose de que ya hubiese pasado otra hora de combate, porque decía: «Puedo pecar y perder a Dios en cada instante de mi vida».*

De aquí que todos los Santos sentían consuelo al conocer que iban a morir, pues pensaban que presto se acabarían las batallas y riesgos, y tendrían segura la inefable dicha de no poder ya perder a Dios nunca jamás.

*Refiérese en la vida de los Padres que uno de ellos, en extremo anciano, hallándose en la hora de la muerte, se reía mientras sus compañeros lloraban, y como le preguntaran el motivo de su gozo, respondió: «Y vosotros, ¿por qué lloráis, cuando voy a descansar de mis trabajos?». También Santa Catalina de Sena decía al morir: «Consolaos conmigo, porque dejo esta tierra de dolor y voy a la patria de paz».*

«Si alguno –dice San Cipriano– viviese en una casa cuyas paredes estuvieran a punto de desplomarse, cuyo pavimento y techo se bambolearan y todo ello ame-

*nazase ruina, ¿no desearía mucho salir de ella?»... Pues bien, en esta vida todo amenaza la ruina del alma: el mundo, el infierno, las pasiones, los sentidos rebeldes, todo la atrae hacia el pecado y la muerte eterna. «¿Quién me librará –exclamaba el Apóstol– de este cuerpo de muerte?» (Rom. 7 24). ¡Oh, qué alegría sentirá el alma cuando oiga decir: «¡Ven, esposa mía; sal del lugar del llanto, de la cueva de los leones que quisieran devorarte y hacerte perder la gracia divina!» (Cant. 4 8). Por esto San Pablo, deseando morir, decía que Jesucristo era su única vida, y que estimaba la muerte como la mayor ganancia que pudiera alcanzar (Flp. 1 21), ya que por ella adquiriría la vida que jamás tiene fin.*

*Gran favor hace Dios al alma que está en gracia llevándosela de este mundo, donde pudiera no perseverar y perder la amistad divina (Sab. 4 11). Dichoso en esta vida es el que está unido a Dios; pero así como el navegante no puede tenerse por seguro mientras no llegue al puerto y salga libre de la tormenta, así no puede el alma ser verdaderamente feliz hasta que salga de esta vida en gracia de Dios.*

Además, en este mundo no podemos vivir sin culpas, por lo menos leves; porque «*siete veces caerá el justo*» (Prov. 24 16). Mas quien sale de esta vida mortal, deja de ofender a Dios.

*«¿Qué es la muerte –dice San Ambrosio– sino el sepulcro de los vicios?». Y así, los que aman a Dios anhelan vivamente morir. Por eso, el Venerable Padre Vicente Carraffa se consolaba al morir diciendo: «Al acabar mi vida, acaban mis ofensas a Dios». Y el ya citado San Ambrosio decía: «¿Para qué deseamos esta vida, si cuanto más larga fuere, mayor peso de pecados nos abrumba?».*

El que fallece en gracia de Dios alcanza el feliz estado de no poder ofenderle más. «*El muerto no sabe pecar*». Por eso el Señor alaba más a los muertos que a los vivos, aunque fueren santos (Ecl. 4 2). Y aún no ha faltado quien dispusiera que, en el trance de la muerte, le dijese quien fuese a anunciársela: «*Alégrate, que ya llega el tiempo en que no ofenderás más a Dios*».

### **3º La muerte del justo es la puerta de la vida eterna.**

No solamente es la muerte fin de los trabajos, sino también «*puerta de la vida*», como dice San Bernardo. Necesariamente, debe pasar por esa puerta el que quisiere entrar a ver a Dios (Sal. 117 20).

*San Jerónimo rogaba a la muerte y le decía: «¡Oh muerte, hermana mía, si no me abres la puerta, no puedo ir a gozar de la presencia de mi Señor!».* San Carlos Borromeo, viendo en uno de sus aposentos un cuadro que representaba el esqueleto de la muerte con la hoz en la mano, llamó al pintor y le mandó que borrara aquella hoz y pintase en su lugar una llave de oro, queriendo así inflamarse más en el deseo de morir, porque la muerte nos abre el Cielo para que veamos a Dios.

Dice San Juan Crisóstomo que «*si un rey tuviese preparada una suntuosa habitación en la regia morada para alguna persona, y por un tiempo hiciese vivir a*

*dicha persona en un establo, ¡cuán vivamente desearía ésta salir del establo para habitar en el real alcázar!»... Pues bien, en esta vida el alma justa, unida al cuerpo mortal, se halla como en una cárcel, de donde ha de salir para morar en el palacio de los Cielos; y por esa razón decía el santo rey David: «Saca mi alma de la prisión» (Sal. 141 8).*

*El santo anciano Simeón, cuando tuvo en sus brazos al Niño Jesús, no supo pedirle otra gracia que la muerte, a fin de verse libre de la cárcel de esta vida: «Ahora, Señor, puedes despedir a tu siervo...» (Lc. 2 29); «es decir—advierte San Ambrosio—, pide ser despedido, como si estuviese por fuerza». Idéntica gracia deseaba el Apóstol, cuando decía: «Tengo deseo de ser desatado de la carne y estar con Cristo» (Flp. 1 23). ¡Cuánta alegría sintió el copero de Faraón al saber por José que pronto saldría de la prisión y volvería al ejercicio de su dignidad! Y un alma que ama a Dios, ¿no se regocijará al pensar que en breve va a salir de la prisión de este mundo y que irá a gozar de Dios?*

Mientras vivimos aquí unidos al cuerpo, estamos lejos de ver a Dios y como en tierra ajena, fuera de nuestra patria; y así, «con razón—dice San Bruno—, nuestra muerte no tiene que llamarse muerte, sino vida». De ahí viene que suela llamarse «nacimiento» a la muerte de los Santos, porque en ese instante nacen a la vida celestial que no tendrá fin.

*Los que llevaban al suplicio al Santo mártir Plonio le preguntaron maravillados cómo podía ir tan alegre a la muerte. Y el Santo les respondió: «Engañados estáis. No voy a la muerte, sino a la vida». Así también exhortaba su madre al niño San Sinfiriano cuando éste iba a recibir el martirio: «¡Oh, hijo mío, no van a quitarte la vida, sino a cambiártela por otra mejor!».*

*En la historia de San Juan Limosnero se refiere que de cierto hombre rico recibió el Santo grandes limosnas y la súplica de que pidiera a Dios vida larga para el único hijo que aquél tenía. Mas el hijo murió poco después. Y como el padre se lamentaba de esa inesperada muerte, Dios le envió un ángel, que le dijo: «Pediste larga vida para tu hijo; pues sabe que ya está en el Cielo gozando de eterna felicidad».*

Tal es la gracia que nos alcanza Jesucristo, como se nos dice por Oseas: «¡Oh muerte, yo seré tu muerte!» (Os. 13 14). Muriendo Cristo por nosotros, hizo que nuestra muerte se trocase en vida.

*«Tema la muerte el pecador—dice San Cipriano—, porque de la vida temporal pasará a la muerte eterna, mas no el que, estando en gracia de Dios, ha de pasar de la muerte a la vida».*

*«Para el justo—dice San Atanasio— no hay muerte, sino tránsito, pues para ellos morir no es otra cosa que pasar a la dichosa eternidad».*

*«¡Oh muerte amable!—exclama San Agustín—. ¿Quién no te deseará, puesto que eres fin de los trabajos, término de las angustias, principio del descanso eterno?». Y con vivo anhelo añadía: «¡Ojalá muriese, Señor, para poder veros!».*